



# Palabras y sangre

Giovanni Papini

*Traducción de Paloma Alonso Alberti*

Escritos entre 1907 y 1910, los catorce cuentos trágicos que componen *Palabras y sangre* son aún más desgarrados e hirientes que los de *El piloto ciego*, como si pretendiesen despertar al mundo para evitar la primera gran guerra que sacudiría Europa sólo cuatro años después. Con su peculiar estilo para mezclar lo fantástico con lo real, y obsesionado por la «perversa o enferma» psicología humana, el gran autor italiano utiliza la palabra para gritar contra la angustiosa realidad a la que se siente condenado. Maestro de Dino Buzzati, ensalzado y admirado por Borges, *Palabras y sangre* es una de las grandes obras de un Papini que, sin miedo ni esperanza, entiende la vida como «el esfuerzo y el dolor que, a través del misterio, conducen hacia la nada». Sarcástico y brutal, lo que proporciona a la obra una extraña belleza poética, por estas narraciones desfilan personajes que se intercambian las almas, un asesino que harto de burlar a la Justicia decide condenarse a sí mismo, un suicida que se tira al Ródano «sin ninguna razón» o un pintor capaz de reflejar en el lienzo el rostro que tendrán en el futuro los modelos que retrata. Historias simbólicas y filosóficas que crean un nuevo género literario en el que la palabra se convierte en un angustioso desasosiego, en una sangre de tinta que traspasa las fronteras de lo literario.

## PRESENTACIÓN

EN 1912, UN BRAVO Y RADICAL Giovanni Papini, ajeno aún a su conversión cristiana que, de algún modo, *dulcificaría* su literatura, publica en Nápoles su tercer libro de cuentos, *Palabras y sangre*.

Estos catorce relatos no se diferencian demasiado de los recogidos en *Tragedia cotidiana* (1906) y *El piloto ciego* (1909), pero el conjunto ofrece mayor homogeneidad, sin esos saltos cualitativos característicos hasta ese momento en su narrativa breve. El autor ya se ha casado, es padre de diez hijas y ha adquirido mayor voluntad de estilo, aunque gran parte de los cuentos fueron escritos entre 1907 y 1910, es decir son ligeramente posteriores a los de *Tragedia cotidiana* y prácticamente coetáneos a los de *El piloto ciego*, época que él mismo define como «una de las temporadas más alteradas de mi vida».

Papini confiesa que escribió esta colección de cuentos «deprisa, con el deseo de traducir en mitos casi realistas mis fantasías caprichosas [...]. La psicología —la psicología perversa o enfermiza de mis personajes— me importaba más que la poesía». Por ello, en la segunda edición de *Palabras y sangre* corrige y cambia, rehace y pule para reconciliarse con el arte, convertido ya en una preocupación que no le abandonará durante el resto de su vida.

Encuentra en el arte una medicina destinada a curar la realidad social que le abrumba y a la que quiere enfrentarse

por medio de la palabra. Parece empeñado en utilizar la literatura para poner orden en un mundo que no le satisface, que le angustia. Escritos poco antes de la Primera Guerra Mundial que sacudió el mundo, los relatos de *Palabras y sangre* son una especie de memorias sobre las dudas y pensamientos que asaltan a su autor y que desea compartir con los lectores, convencido de que ésa es la única manera de hacerlos cómplices de la amargura social imperante, para que todos juntos sean capaces de luchar en favor de una realidad mejor.

Definidos por su autor como «catorce aventuras [...] entre lo humorístico y lo fúnebre», su estilo airado y salvaje pretende abofetear a los lectores para despertarlos y enfrentarlos a una realidad que el autor considera antipática e injusta. Es la época de fermentación de grandes ideologías políticas como el socialismo y, posteriormente, el nacional-socialismo y el fascismo que pretenden acabar con la historia y abrir nuevas vías de futuro al hombre. Papini acabaría alineándose con el fascismo, decisión que aún no ha acabado de pagar editorialmente, aunque no parece que esa *equivocación* fuera motivada por un afán autoritario, sino más bien por un deseo romántico de hallar una salida a las complejas circunstancias sociales que tanto le desasosegaban y que se reflejan en las ambiciones filosóficas que muestran sus cuentos, donde lo fantástico se sitúa en el mismo plano que la realidad, dentro de un mecanismo literario que Franz Kafka ya había ensayado con sobresaliente talento.

En su prólogo a la edición española publicada en 1938 por la editorial Apolo de Barcelona, el escritor y traductor Mario Verdaguer califica los cuentos de *Palabras y sangre* como «narraciones filosóficas» y añade que Papini «ha creado un género nuevo, una manera original y propia para la simbolización y expresión de sus ideas, una forma única que da al conjunto de sus obras un sentido de unidad, aun a través de los temas más diversos».

La magnífica traducción que Paloma Alonso Alberti ha realizado expresamente para esta edición intenta respetar el estilo siempre extravagante y vanguardista del gran autor italiano, que pese a su técnica directa y abrupta ofrece, como él mismo decía, «mucho más inspiración e imaginación y, en una palabra, mucha más poesía que la que encuentro en muchos de los poetas conciudadanos míos y contemporáneos».

Jorge Luis Borges no se equivocó cuando se fijó en Papini para dedicarle uno de los tomos de su *Biblioteca de Babel*, consciente de que la biografía política de este gran escritor italiano es sin duda mucho menos relevante que la calidad de su literatura.

EL EDITOR

# **PALABRAS Y SANGRE**

**CATORCE CUENTOS TRÁGICOS**

Giovanni Papini

## OBSERVACIONES SOBRE ESTOS CUENTOS

EL TÍTULO SE LO HE ROBADO a Dante (*Infierno*, XIII, 44), y recoge con bastante exactitud el contenido del libro. Hay, con demasiada frecuencia, coloquios, monólogos —disquisiciones—, y al final la muerte —suicidio o asesinato—. Casos singulares, problemas internos, dudas y terrores que sólo la sangre puede sofocar.



ESTOS CUENTOS se parecen —no siempre, ni totalmente— a otros míos que se pueden leer en *Tragedia Cotidiana* (1906) y *El Piloto Ciego* (1909). Aunque los tres volúmenes fueron escritos a lo largo de seis años, forman un solo libro y representan tres momentos distintos de esa manía que me empuja a la ficción del absurdo y el espanto.

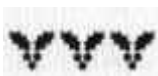


ME HABÍA PROMETIDO a mí mismo —y a otros también— no escribir más cuentos de este tipo. Pero no he podido evitar el faltar a mi palabra. Esto implica que habita en mí la necesidad de expresar así, a través de figuras fantásticas y tra-

mas paradójicas y trágicas, esa vena de lirismo filosófico que no ha encontrado otra vía de escape.



PERO QUIZÁS ESTOS CUENTOS relaten de otra manera lo que ya he relatado o voy a relatar de forma más teórica. Si se analizan bien todos los cuentos —sin limitarse a los catorce presentes— no sólo puede encontrarse de forma preponderante la esencia de mi yo, sino también una teoría del mundo, un programa de vida, una definición casi teórica de actitudes y necesidades propias de mi espíritu, pero también propias de todos aquellos que entienden la vida como el esfuerzo y el dolor que, a través del misterio, conducen hacia la nada. No es mi cometido, sin embargo, hacer este análisis y estas comparaciones.



CON LOS TRECE CUENTOS de *Tragedia cotidiana*, los trece de *El piloto ciego* y los catorce de *Palabras y sangre* he llegado a escribir cuarenta. El número me gusta y quizás no lo supere.



DE ESTOS CATORCE que se editan ahora, siete ya habían sido publicados —casi todos en una revista que no se vende— y los otros siete aparecen aquí por primera vez.

G. P.  
Septiembre, 1910



## I

## EL TRES DE SEPTIEMBRE

EL TRES DE SEPTIEMBRE salí de casa. Frente a ella se asomaban campos, viñedos, árboles, tierras secas y manchones de hierba. Las vides cargadas de racimos violáceos se apoyaban en los álamos inclinándose voluptuosamente, igual que las mujeres con el pecho henchido de juventud cuando se apoyan en el hombre fuerte que aman. El cielo estaba poblado de viento que hacía reír a las hojas con lentas sacudidas, de monstruos grises e informes que se arrastraban lentamente sobre el azul, de montañas blancas que se desmoronaban, de perfume a tierra mojada y a maíz amontonado en la era.

Me dirigí hacia el pequeño río que amo, a pesar del lento discurrir de sus aguas fangosas, atravesando el zumbido de las avispas negras y amarillas en vuelo. Caminando por la orilla con la brisa en la cara y pisando las mariposas blancas inmóviles sobre la tierra, sumidas en el sopor del parto, alcancé el vado. La barca me esperaba y en un instante me encontré en la otra orilla.

¿Por qué prefiero la otra orilla? ¿Quizás porque hay más árboles y la hierba es más alta? Nada de esto. Amo los lugares desnudos, donde el sol puede deambular todo el día como un vagabundo. Quizás amo la otra orilla porque es la

otra, porque no es aquélla a la que tengo que regresar todas las noches para dormir y soñar diez horas seguidas.

También el tres de septiembre me senté sobre la hierba en la otra orilla del río y cuando un pescador se me acercó, ató su red y se dispuso a engañar una vez más a los ágiles peces de acero, pensé que podía comenzar mi tarea. Me levanté para acercarme a aquel hombre. No tenía nada en mi mano. Llevaba un libro en el bolsillo pero no me apetecía nada leer. El pescador no me miró. Era un joven bajo, con el rostro quemado y una boca enorme. No parecía inteligente pero no tenía derecho a pedirle *también* que lo fuera.

Cuando estuve junto a él me senté de nuevo. Él también se sentó y echó la red al agua. Comenzaba la espera ansiosa y somnolienta del hombre que se dispone a matar. Todo estaba tranquilo: sólo las desagradables moscas temerosas del temporal revoloteaban alrededor de nosotros sin descanso.

¿Para qué seguir esperando? Sin volverme hacia el pescador le dirigí la pregunta sencilla e inesperada que tantas veces después tuve que repetir:

—¿Por qué hace esto?

El joven se volvió y me miró con la expresión que yo había imaginado antes de hablarle. Me dirigió una mirada de estupor y compasión y no respondió. Naturalmente, tuve que repetir la pregunta. Lo último que necesitaba en aquel momento era silencio.

Entonces el joven sonrió con su boca ancha y respondió:

—Para coger peces.

—¿Y por qué quiere coger peces?

—Para venderlos.

—¿Y qué hace con el dinero que gana vendiéndolos?

—Compro el pan, el vino, el aceite, la ropa, los zapatos y todo lo demás.

—¿Y por qué compra todas esas cosas?

El joven se quedó entonces un poco atónito. Empezaba a divertirse pero encontraba difícil la última pregunta. Una vez más tuvo que repetirla mirándolo fijamente. Se volvió como escuchando el silencio. Tal vez empezaba a temerme pero respondió en voz baja:

—Para vivir.

—¿Pero por qué quiere vivir? —repliqué sin piedad.

La sorpresa, el miedo y la alegría del pescador crecieron entonces desmesuradamente. Él creía saber quién era yo, pero a pesar de que me consideraba poco peligroso, no sabía muy bien cómo iba a acabar aquello. Yo no tenía ningún motivo para interrumpir el coloquio. Era necesario que todo se cumpliera como había sido planeado. Por eso repetí con obstinación la pregunta y miré seriamente al acusado.

El joven trató de sonreír con desprecio y dijo:

—Vivo porque he nacido.

—¿Pero cuáles son ahora sus objetivos en la vida?

—¿Qué objetivos? ¿Qué entiende por objetivos?

—Quiero decir: ¿qué es para usted lo más importante en la vida?

—Ya entiendo. Mi objetivo es éste: pescar.

Me quedé en silencio y pasados unos minutos me levanté. Era inútil continuar la conversación. Habíamos vuelto al inicio. La ingenuidad de aquel simple había cerrado la cadena.

Me alejé irritado y caminé por la orilla pisoteando flores raquílicas y lánguidas hierbas. A través del follaje llegaban gritos rabiosos de niños. En un determinado punto el seto espeso quedaba interrumpido por una cancela de madera. La empujé y entré en el campo adentrándome cabizbajo por un sendero mullido. Había divisado a la izquierda a un campesino que cavaba y me dirigí resuelto hacia él. Me había visto y me miraba con recelo bajo el ala sucia de su sombrero de paja. Se acercaba la vendimia y todos se habían levantado en armas contra los ladrones de uvas. El si-

lencio de la tarde se oía interrumpido bruscamente por disparos secos lanzados contra los desconocidos. Pero yo no buscaba uvas: quería algo más amargo y embriagador.

Cuando llegué junto a él, lo miré. A sus pies, la tierra húmeda y arenosa había sido removida con calma y se preparaba para otros regalos. Pero no me fijé en esto porque la tierra abierta me conmovía como un dolor. Tenía que hacer por segunda vez mi pregunta:

—¿Por qué hace esto?

El campesino me miró con sus ojos negros todavía más recelosos y respondió:

—Para que nazca el grano.

—¿Y por qué quiere que nazca el grano?

—Para hacer el pan.

—¿Y por qué necesita el pan?

—Para ir tirando.

—¿Pero por qué quiere vivir?

Ante esta pregunta el hombre bajó la cabeza y retomó pacientemente su trabajo. El pie desnudo se apoyó de nuevo sobre el hierro quebrando la tierra, que se volvió más oscura y fresca de repente. Repetí más veces la pregunta pero sólo conseguí miradas atravesadas por respuesta.

El viento ensordecedor seguía riendo alrededor de mi cabeza. Me quité el sombrero, miré el cielo y tendí el oído hacia el sonido lamentoso de la sirena de una fábrica. Tuve que retomar el sendero y salir del campo.

¡Qué bella me pareció el agua! Caminé un poco más por la orilla buscando con los ojos al tercer acusado. Los sauces, alineados en cuatro filas, me acompañaban lentamente y trataban de repetirme lo que decía el viento. Había un prado cerca y en el prado una niña vestida de rojo estaba inclinada recogiendo las últimas flores del verano.

Mi único deseo era encontrar a un ser, grande o pequeño, que supiese hablar. ¿Qué me importaba lo demás? Era una niña pequeña, rubia y tal vez torpe. Me bastaba que no fuese muda y que no huyese. La llamé desde lejos como se

llama a los perros. La niña levantó la cara de las flores, me miró sonriente y dio unos pasos hacia mí. En cuanto estuve a su lado le hice también a ella la inevitable pregunta:

—¿Por qué haces esto?

La niña no se hizo de rogar y respondió enseguida:

—Para hacerle un ramo a la Virgen.

—¿Y por qué quieres hacerle un ramo a la Virgen?

—Para que se acuerde de mí.

—¿Pero por qué quieres que se acuerde de ti?

—Para que, cuando me muera, me reserve un sitio cerca de ella en el paraíso.

Era suficiente lo que me había dicho. Sólo tenía que traducir por mi cuenta las sencillas respuestas de la niña y conseguiría la respuesta a mi pregunta. ¿Por qué actuaba así la niña vestida de rojo? Para alcanzar el paraíso. Vivía, por tanto, preparándose para la muerte. Ésta sí que era una respuesta, ¿pero es la única? No estaba seguro, pero era una respuesta que no habían sabido darme aquellos dos hombres agachados haciendo su labor.

Los olvidé en cuanto hube destrozado con mi paso apresurado los tréboles y la acedera del prado. Me sentí menos triste caminando por la orilla y hasta incluso empecé a cantar. La niña me seguía, sujetando con las dos manos el babi rebotante de flores amarillas y violetas. Pero cuando me volví para saludarla y recibir el viento en plena cara vi que no sólo ella me seguía. A lo lejos, medio escondidos entre los sauces, venían hablando entre ellos los dos primeros acusados: el pescador y el campesino.

¿Cómo se habían encontrado? ¿Por qué me habían seguido? No lo supe pero me di cuenta de que yo había sido capaz de atraerlos y ponerlos en marcha. Estaba seguro, aunque me encontraba lejos, de que hablaban de mí y pensaban en mí. ¿Quizás a causa de la niña? No había por qué tenerles miedo. Me detuve y los esperé cantando en voz baja. La niña siguió por su camino y me adelantó; los dos hombres me alcanzaron. Sus rostros se habían endure-

cido: la enorme boca del joven reía con sarcasmo y los ojos negros del viejo centelleaban bajo el sombrero.

En cuanto estuvieron cerca se me echaron encima, maltratándome con palabras ofensivas y manos implacables. Ellos eran dos, enfurecidos y robustos, y yo sólo uno, tranquilo y débil. Con pocas sacudidas se apoderaron de mi cuerpo, blasfemaron y gritaron, eufóricos al desahogar lo que hasta entonces habían reprimido. Con pasos rápidos descendieron la orilla herbosa hasta el pedregal. Tuve tiempo de distinguir las crías de rana grises que saltaban entre las piedras húmedas de las pequeñas pozas. Los dos hombres me columpiaron un poco como si fuese un cadáver y me lanzaron al agua, riendo como borrachos.

Mientras mi cuerpo se sumergía en el fondo cenagoso del río pude escuchar el golpe seco y lejano de un disparo de fusil. El cauce estaba bajo: las lluvias de septiembre no habían logrado todavía lavar los racimos de uva y henchir los ríos. Pude levantarme y tomar de nuevo el camino del vado con los huesos doloridos y el traje empapado de fango.

Los dos primeros acusados huían corriendo, la niña se había alejado y el viento soplaba aún más fuerte, irritado ante la pereza de las nubes grises y blancas. Para mí nada había terminado, nada había cambiado para el mundo.

—Mañana —dije sonriendo— es cuatro de septiembre.



## II

## LA PRIMERA Y LA SEGUNDA

AMÉ A LA PRIMERA pero ya no la amaba. Empecé a amar a la Segunda y sin embargo la Primera siguió amándome. Una historia simple, vulgar y necia. ¿Quién iba a pensar que iba a acabar tan misteriosamente? Yo mismo, que fui el culpable de todo, todavía no consigo explicarme el inesperado desenlace de aquella historia tan simple.

Ni siquiera recuerdo bien cómo empecé a amar a la Primera. ¿Serían tal vez sus enormes ojos negros que bajaban temerosos cuando se encontraban con los míos? ¿O acaso porque me escribió sin conocerme, para hacerme llegar su pobre y tímido saludo en medio de una batalla? No era alta, ni atractiva, ni bella, pero rebosaba humildad y ardor. La conocí, le hablé, la atemoriqué hasta que acabé amándola. Ella ya me amaba, quizás me amaba antes de conocerme. Tenía un alma ardiente, una de esas almas que se queman con la fiebre y los sueños sin fingir nunca. Sentía por mí una gran admiración, pero era más fuerte su amor y aún mayor su devoción.

Yo también la amé durante un cierto tiempo.

El descubrimiento de aquel ser escondido me tentaba. Mi sensación de poder sobre ella me excitaba. Una sola palabra mía era suficiente para entristecerla o alegrarla, para quitarle el sueño o llenarla de dicha. Esperaba mis órdenes